

en donde no hay mas que soledad y silencio, inmovilidad y tinieblas. Es el velo espeso y misterioso que cierra la entrada de la region infinita, en donde halla por fin el espíritu el ideal de su perpetua aspiracion: el amor sempiterno, la beatitud inefable, la luz sin crepúsculo. Impenetrable ese velo á la materia, preciso es abandonar el cuerpo para trasponer los temidos umbrales del mundo sin fin; por eso el hombre al morir deja su cadáver en la tierra, como deja sus grillos en la mazmorra el cautivo redimido. ¡Feliz el que muere! ¡feliz tú, maestro!

Tu espíritu inmortal, libre ya de todas las esclavitudes, purificado de todas las miserias, iluminado por el indeficiente resplandor de ese Sol Eterno que tiene por nombre DIOS, y que enciende todas las llamas, la llama de la caridad, la llama del saber, tu espíritu, maestro, engalanado con las joyas de tus buenas obras, está inundándose en el inmenso océano de la ciencia sin nubes, del amor sin límites. ¡Feliz tú, que al morir vives!

Pues si verdaderamente es esta la obra de la muerte, si tal es el efecto de su temida saeta, si abre al desterrado las puertas de la patria, si restituye al preso el aire de los campos y la luz del sol, ¿en dónde está ¡oh muerte! tu victoria?

Y sin embargo, venimos ahora al triunfo del espíritu emancipado, trayendo ciprés en vez de palmas, sollozos en vez de hosannas, ayes lastimeros en lugar de gloriosos cánticos. Es que nuestros ojos todavia no alcanzan á ver sino lo que hay mas acá de la tumba: aquel hogar, del que la virtud hizo un templo, huérfano hoy y desolado; aquella cátedra, en donde el saber tuvo un trono, sumida en luctuoso silencio; esa humanidad, lamentando con justicia la pérdida de un hombre virtuoso.

¡Llorémosle, sí! ¡y bien hacen en correr nuestras lágrimas!

.....  
¡Maestro! si llega á donde hoy moras la inmaculada nube de veneracion y de gratitud que de nuestros corazones se desprende para tí como de un pebetero, envianos en sus ondas, santas y nobles inspiraciones que nos hagan dignos de honrar en la tierra tu veneranda memoria.

¡Maestro, duerme en paz! ¡hasta el cielo, maestro!—

MANUEL PEREDO.

---

Discurso pronunciado por el profesor D. José Olvera, á nombre de la Asociacion Médica  
"Pedro Escobedo."

SEÑORES:

Mucho podria decir en elogio del hombre que ha concluido su mision en la tierra, con sentimiento de todos los que lo han conocido, cualquiera que tenga el don de la elocuencia; pero el que carece de él, escoge solo los episodios mas bellos

de su vida, para que por mucho que palidezcan al referirlos, conserven su carácter hermoso.

En el primer tércio del siglo XIX, la Universidad de nuestra capital, cumplía imperturbablemente con los deberes que le imponía su *constitucion* 146. Las ciencias exactas y de observacion tomaban en la Europa el vuelo que las han hecho elevarse á la altura en que hoy se encuentran. Allá en esa época, ya habian admirado al mundo científico, Lavoisier, Gay-Lussac, Geoffroi, Percy, y en Egipto un Desgenettes, junto al coloso del siglo, se inoculaba la peste: de un lado el valor que conquista al mundo, del otro el que anhela el bien de la humanidad. Pero ved á México entonces ¿qué era? Una colonia desgraciada, que para ser nacion tuvo por principio una lucha que fué la repercusion de la guerra de la península: lucha si se quiere fuera del tiempo oportuno para la consolidacion del edificio social, pero de grandes frutos para alimentar inteligencias privilegiadas. Aparentemente la educacion que la metrópoli habia dado á los mexicanos, no cambiaba; no era así en el interior de los gabinetes de algunos hombres. Los libros llegaban en las mismas náves que conducian las órdenes para el exterminio de los patriotas; los médicos se apoderaban con avidez de todo lo nuevo; vieron la necesidad que hay de la observacion fundada en el estudio, no solo de la medicina, sino tambien de las otras ciencias auxiliares; y esos hombres ilustres formaron el proyecto de ~~minar~~ ~~aquel~~ monstruoso edificio, fundado en el lodo de añejas preocupaciones. Consiguieron por fin lo que deseaban: el Tribunal del proto-medicato, cayó arrastrado por el ~~destrumbamiento~~ de eso que no podemos llamar medicina mexicana, sino de todo lo repugnante que resultaba de aquel hacinamiento de doctrinas galénicas, brownianas y empíricas, comprendidas, Dios sabe cómo, por esos curanderos facultados por el claustro.

Por desgracia la república no comprendió tan pronto como debiera que el estudio de las ciencias médicas se debia proteger tanto como todos los otros ramos de interes público, y fundado el *Establecimiento de ciencias médicas*, en Octubre de 1833, tuvo que sufrir toda clase de contrariedades, desde el desprecio de muchas clases de la sociedad hácia los estudiantes, hasta la carencia de recursos y de local apropiado. Pero todo eso era nada ante Dios, que dió fuerzas á esos médicos mexicanos, Carpio, Erazo, Escobedo, Olvera, Rendon, Rodriguez Puebla, Torres, Vargas y Villa y los extranjeros Jecker y Villette, para alzar como titanes á la Escuela de Medicina de México y sostenerla en sus hombros, esperando las nuevas piedras que la han fortalecido y adornado. ¿Qué era la carencia de recursos, si ellos economizaban todo lo que podian? ¿Qué era la falta de proteccion ante su enérgica voluntad? ¡Caridad siempre bella, te veo radiante de hermosura presidiendo una de aquellas juntas de catedráticos! ¡Paciencia siempre heróica, te veo fortísima sosteniéndolos! A esa grande empresa sirvió el Sr.

D. Ignacio Erazo, y tuvo la dicha de ver logrados sus deseos. Grande ha de haber sido su satisfaccion y hermosa su gloria! Ha visto lo que eran los profesores médicos, y ha visto tambien lo que han sido despues de la fundacion de nuestra Escuela; y todos los últimos lo han nombrado maestro. Con justicia sienten tanto dolor por su muerte!

Mas este hombre no se contentó con haber ganado unos laureles que ya lo honraban tanto; siguió en la senda del progreso, y los que hemos sido sus discípulos, recordamos con placer sus lecciones, que estaban llenas de erudicion filosófica y de preceptos con que la observacion detenida y una sana práctica habian enriquecido su espíritu. Erró alguna vez, de esto ningun hombre se libra: pero el conocerlo y confesarlo toca hacerlo á muy pocos. Voy á referir un rasgo de su vida; será poca cosa para algunos, pero para mí prueba que puede reunirse un carácter enérgico con una humildad laudable, sobre todo en un maestro revestido de la autoridad del saber que se encuentra delante de unos discípulos que al oír la leccion pueden tomar los errores que contenga por doctrinas aceptables. En una ocasion, el Sr. Erazo sostenia un punto que hoy tenemos por falso: interpelado uno de sus discípulos, sostuvo lo verdadero: la inteligencia del primero se ofuscó y dirigió al segundo palabras que el acaloramiento las hizo duras. En la sesion siguiente, antes de pasar lista, vió si asistia el que podia estar ofendido, le dirigió una satisfaccion y confesó su pequeño yerro pasajero; un enternecimiento humedeció los ojos, no solamente de este discípulo, sino tambien los de todos los otros. Esta accion ha sido seguramente una de las mas elocuentes pruebas que un profesor pueda dar para justificar la semejanza del maestro con el buen padre de familia.—¿Hablaré de su comportamiento en su práctica civil, tanto para con sus clientes, como para con sus colegas? Inútil me parece, cuando me escuchan los que han apreciado cómo sabia adunar el Sr. Erazo, con una esquisita urbanidad, todas las cualidades que el Creador le concedió.

Dios lo llamó: pero para darle el eterno descanso, lo quiso probar haciéndole amargos los últimos dias. ¡Le conservó la inteligencia y le quitó la palabra! Cuanto sufrimiento, cuantas dolorosas reflexiones purificarían su alma, solo Dios lo sabe! Esperó que la Asociacion "Pedro Escobedo," le endulzaría algunos momentos haciéndolo socio honorario. No quiso ella mas que recibir honor al nombrarlo y darle una prueba de gratitud; todos los socios hemos tenido el gusto de darle el grato nombre de maestro. La Asociacion "Pedro Escobedo" con profundo dolor vé bajar al sepulcro al Sr. D. Ignacio Erazo y dirige, por mi humilde conducto, el mas sincero pésame por su sensible pérdida á la Escuela de Medicina, nuestra querida madre.—Dije.

JOSÉ OLVERA.